

¡Quiero buenos trabajadores, no héroes!

Era la primera vez que mi hijo trabajaba, todo lo que ocurría en el área industrial le era nuevo y desconocido, recuerdo la impresión de verse con su nuevo overol color verde y su casco a modo, se miraba en el espejo y supongo quedaba complacido con la imagen devuelta. Después, el nerviosismo al ser presentado como supervisor de seguridad industrial. La obra recién iniciaba, así que su estancia se prolongaría por un buen tiempo, por mi parte, yo había recibido bastantes críticas del sector familiar por llevarlo a un lugar donde los peligros son latentes, sobre todo para alguien con nula experiencia, pese a todos los desacuerdos que esto ocasionó, lo llevé a trabajar conmigo. Jamás lo vio como un castigo por haber perdido un semestre escolar.

Establecimos un pacto él y yo, no revelar al resto de los trabajadores que era mi hijo —En él área de trabajo, esta situación solo era conocida por mi administrador, y en la empresa por el gerente— De esa forma, no tendría ventaja alguna en el centro de trabajo. A él, le pareció una excelente idea, pronto se movía a sus anchas he hizo buenos y sólidos amigos entre los demás trabajadores, dado el clima de confianza que se generaba cuando se acercaba a mí, no faltó quien le preguntara cual era la relación que había entre él y el jefe. Mi hijo les contestaba con una sonrisa esquivando a medias la pregunta y solía decirles: Pues espero caerle bien, porque es más duro conmigo que con todos ustedes.

Su bautizo en el mundo laboral no pudo ser más duro, y aun puedo recordarlo como si recién ocurriera.

Jáltipan, Veracruz, nos recibió con el calor del mes de abril, era el último día del mes, mi hijo acababa de cumplir diecinueve años justamente el día 14 de ese mes, sus facciones le han hecho representar menor edad de la que en realidad tiene.

El sol estaba en todo lo alto y la temperatura llegó a unos 45°C, no había

lugar donde acercarse para refrescarse, así que el patrullaje para velar por la seguridad de los trabajadores debió ser especialmente difícil.

La situación se tornó aún más difícil, justo ese día el gerente decidió visitar los tres frentes de trabajo, llegó al filo del mediodía, rojo como un tomate por el calor, hombre recio y que gustaba de supervisar personalmente las áreas de trabajo.

—Luego revisamos los avances, primero vamos hagamos un recorrido para ver cómo andan las cosas.

Tomé mi casco e iniciamos el recorrido, Llevábamos unos quince minutos al rayo del sol, realmente sofocaba, pero nosotros, acostumbrados a tales pruebas, era un día común y corriente.

—Oye ¿Qué le pasa a ese supervisor? Camina bastante raro. Mi vista se dirigió al lugar donde me señalaba. El tema de mi hijo, había dejado de ser lo más importante ese día, rendir cuentas ocupaba mi mente. En efecto, cojeaba visiblemente, y daba la impresión de quien marcha y se equivoca de paso.

—Uhhh, es mi hijo, recuerdas que te comenté, hoy es su primer día de trabajo. Nos acercamos a él y lo llamé, se le veía acalorado, pero con una expresión feliz.

—Ingeniero, él es mi hijo; Sebastián. Lo inspecciono con curiosidad y le preguntó.

— ¿Cómo te sientes? La respuesta fue clara. —Bien, hoy es mi primer día y estoy conociendo el área.

—Uhhh, tu padre es un negrero así que no esperes un trato diferente.

—No ingeniero, nadie sabe que él es mi papá. Espero el permiso y se retiró.

—Oye, no friegues, es un niño, me dijo mientras lo veía alejarse.

—No te engañes, aunque parece de quince, es mayor de edad y está en excelente forma, él es jugador fútbol. Seguramente, las botas le están pasando factura, no está acostumbrado a usarlas.

—¡Quiero buenos trabajadores, no héroes! Has que lo revisen.

—¡Claro, no te preocupes! Continuamos un par de minutos más, inspeccionamos algunas áreas y quedó complacido con el trabajo y los avances.

Nos dirigimos a la oficina y di la instrucción de que llamar ante mi presencia al supervisor nuevo.

Igual que todos los demás trabajadores, esperó a fuera de la oficina, tan pronto me avisaron, salí, dejando a mi jefe viendo las prospecciones de la semana.

Lo vi, moverse, cambiaba de un pie a otro, como si estuviera bailando.

—¿Qué te pasa? ¿Te duelen los pies?

—Creo que me hicieron una ampollita y me está molestando, me contestó.

—Ve al consultorio y dile a la médica que te proporcione un par de Kotex. Cuando vi su cara de asombro me causo verdadera risa, y le expliqué.

— Colocarás uno en cada talón, impedirá que haya juego entre la bota y tu pie, y si la ampolla se reviente, absorberá los líquidos. ¿¡Capisci, genio! Se me quedó viendo un tanto incrédulo, pero se dirigió al consultorio. Dejé de preocuparme por eso y continué atendiendo a mi visita. Llegada la hora de la comida, salimos a un restaurante cercano y el gerente se fue con dirección a Medias Aguas, también en el estado de Veracruz. Así que, el tema de mi hijo cobró importancia hasta que estuvimos en el departamento. Esa era la única concesión que tenía, dormir, en la habitación donde su padre disponía de clima y regadera personal.

—Oye ¿Por qué no bañas? y después vamos a cenar ¿Qué te parece? Se me quedó viendo, mi hijo siempre ha tenido una manera bastante peculiar de ver, sus ojos *achaparrados* parecen darle un aire triste aun cuando está feliz.

—¿No podrías ir tu a buscar algo mientras yo me baño? Se había quitado el overol a medias, su cuello se apreciaba tan rojo que daba la impresión que reventaría de un momento a otro.

—De acuerdo, báñate mientras regreso, le puse mi mano en el hombro desnudo, estaba muy caliente.

—Sí, me contestó más dormido que despierto, se sentó en el borde de su cama, se lo veía abatido, en extremo cansado.

Regresé con un par de tortas, lo vi en el mismo lugar en el cual lo dejé, solo se había echado hacia atrás, estaba profundamente dormido, con la ropa de trabajo y las botas puestas. Dudé en despertarlo, me agaché, y le quité las botas, sus calcetas ya no se veían blancas, habían adquirido el color café de las botas. Le quité las calcetas una a una, y vi horrorizado los pies de mi hijo. fue una sensación tan dura que me hicieron un nudo en la garganta. Estaban inflamados, las plantas de los pies habían adquirido un color violáceo, las ampollas se habían reventado hasta dejar expuesta su piel, en algunos lugares se apreciaban manchas rojizas de sangre reseca, las toallas absorbentes habían ayudado, pero el daño general mucho. Mi hijo, siguió trabajando durante todo el día pese a las condiciones de sus pies. Debió ser un sufrimiento terrible, aun así, el continuo el resto del día.

Lo desperté, dio un par de mordiscos a su torta y unos sorbos a su refresco.

— ¿No te importa si me duermo? Tengo un buen de sueño, me baño antes de que nos vayamos a trabajar. Asentí con la cabeza.

Le ayudé a deshacerse del Overol, creo que no tenía fuerzas ni para pararse, se arrebujó en la cama y se quedó profundamente dormida. En general su cuerpo conservaba las huellas del duro trabajo al igual que sus pies, pude observar aquí y allá, rosetones rojizos a punto de abrirse, la tela basta del uniforme le habían provocado fuertes rozaduras. Me sentí muy mal, yo era el culpable de las condiciones de mi hijo y pensé que el esfuerzo para él era demasiado, escuchaba las voces de quienes me advertían sobre llevarlo a un lugar de tan dura demanda física.

Resuelto, me dije que ya no se presentaría a trabajar, era castigo más que suficiente con lo que había visto.

Temprano, al siguiente día, Sebastián ya estaba de pie, se dirigía al baño y se le veía contento, apoyaba los pies con dificultad, pero se le notaba de excelente humor.

—Oye, estuve pensando durante la noche, es posible que este ambiente de trabajo sea en extremo rudo para ti, ¿Qué te parece regresar a casa el fin de semana, y buscamos una opción menos pesada que este trabajo? Se me quedó viendo con algo de enojo.

—¿Qué dices? ¡Claro que no! Yo puedo, ya no estoy cansado, si me duelen un poco los pies, pero no como para faltar al trabajo. Además, soy el hijo del jefe, solo eso faltaba. Su indignación era tan genuina, sentí el impulso de abrazarlo, no lo hice, el orgullo que sentía por ese muchacho flaco me llenaba el pecho hasta hacerme sentir que la respiración se me dificultaba.

—Bueno, te propongo algo, vamos a Coatzacoalcos, y compramos unas botas industriales cómodas, no serán un regalo, como yo te traje, pagaré la mitad, y en cuanto cobres tu primer sueldo me pagas tu cincuenta por ciento.

Asintió y entro a bañarse. La semana siguiente comenzó con sus botas nuevas, con su misma actitud diligente, y con un carácter que yo desconocía.

El supervisor eléctrico se acercó a mí mientras yo hacía mi rondín de trabajo.

—Es duro el potrillo ¿No le parece ingeniero?

—¿El potrillo? ¿Ya tiene apodo? ¿Por qué le pusieron así? Su respuesta me hizo el día y me sentí feliz de llamarme padre.

— ¿Qué no lo ve? camina como los potrillos tiernos, parece que se va a caer, pero continúa caminando. ¡Ese chamaco, los tiene bien puestos!

Viniendo de mis trabajadores, era el mejor elogio que alguien pudiera recibir.